

La revelación de los rezagos entre lo aldeano y lo nacional, entre lo tradicional y lo moderno tal vez nos entregue —por encima del deseo del autor de colocar al campesinado de Birmania en el contexto de una sociedad nacional compleja— uno de esos casos que, en mayoría, empiezan a ser remotos para el mexicano; casos de comunidades que en buena medida o están cerradas sobre sí mismas o se empeñan en cerrarse sobre sí a pesar de todos los intentos para abrirlas al ámbito nacional; a pesar de los esfuerzos para incursionar en ellas, para establecer con ellas un recambio, un sistema de intercambios económicos, políticos, sociales, culturales. Aunque en plano distinto, estos intercambios son parecidos a los que aún se considera necesario establecer entre cada nación (hecha o en factura) y todas las demás.

Sin esos intercambios internos de las naciones, y externos entre ellas, no se podrá responder al reto social de hoy que es tanto o más importante que el natural, del espacio exterior y que, más que aquél, es ineludible e inaplazable si el hombre ha de vivir humanamente sobre la Tierra.

(O.U.V.)

Marcel Bolle De Bal: *Relaciones Humanas. ¿Liberación o Esclavitud?* Editorial Fontanella. Barcelona, 1965, pp. 224.

Hay, en este pequeño libro, mucho que nos es grato. El autor es miembro del Instituto de Sociología Solvay, de la Universidad Libre de Bruselas y —como es posible que recuerde algún alumno de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales— siempre consideramos a ésta como un paradigma de lo que debiera ser una investigación sociológica que aunara las amplias concepciones teóricas que generalmente reconocemos como europeas (preferiblemente continentales y, más aún,

francesas) con lo mejor de las técnicas que, por su uso repetido allende el Bravo, se han dado en identificar como estadounidenses. El tema mismo, el planteamiento, se inscribe, un tanto, en los marcos de una crítica profunda, de raíz científica, que en términos amplios podría identificarse como Sociología del Conocimiento y de su Práctica (lo que vale como decir, “de sus aplicaciones”) que es la que creemos llave de todo progreso en nuestra disciplina, y áncora de salvación para su destino social. Su enfoque viene a coincidir con los nuestros, en un momento de desarrollo institucional y personal en el que se considera que la sociología “químicamente pura” o es una imposibilidad o resulta una posibilidad indeseable, y que, en cambio, es de aceptar una sociología aplicada, que reclaman tanto las urgentes necesidades humanas de nuestro tiempo, como la aparición, en el dominio del pensamiento, de quienes como Nietzsche y Marx, pusieron de relieve —tras las pretensiones del intelecto y la emoción— la importancia que tiene —también y no exclusivamente— el mundo de la voluntad, del poder, de la acción. El libro mismo, a partir de situaciones concretas, hace una denuncia valiente, decidida, de los malos usos que se hacen de la sociología o —mejor aún— del trabajo del sociólogo y, por lo mismo, de la ingenuidad culpable de éste o de su culpable medianía. Es, asimismo, una expresión concienzuda de los sociólogos que emprenden el nuevo camino en cuanto se revela que puede ser la suya, una especie de “crucifixión”. Y nos agrada, de él, no menos, que su tradición proceda de un medio que —como el catalán— representa el máximo avance —en el contexto español— de lo que pueden ser las situaciones industriales en las que el libro se inscribe, en cuanto aportación a la sociología del trabajo (particularmente industrial).

Casi tan valiosos como el libro mismo —aunque más breves— son la introducción a la edición castellana (escrita por Juan N. García Nieto, profesor de relaciones industriales) y el prefacio redactado por A. Doucy, Secretario del Instituto Solvay.

Si invertimos los términos, podemos referirnos primero a Doucy, en cuanto es él quien presta apoyo a nuestra afirmación acerca del Instituto Solvay, pues para él, “la teoría de la empresa debe reconstruirse en un cuadro en el que serán confrontados los resultados del análisis deductivo y de la investigación sobre el terreno”. En segundo término —para respaldar otro sector de nuestras afirmaciones— podemos subrayar que, como indica García Nieto, el libro es una crítica de Elton Mayo, de la Escuela de Harvard, del enfoque estadounidense de “las relaciones humanas” en el trabajo; pero una crítica científica, sociológica; una crítica impuesta por la responsabilidad del sociólogo que debe “interceptar y analizar con objetividad las ‘etiquetas’ con que se intentan ‘vender’ las ideas y las teorías sociológicas, sobre todo cuando éstas tienen como objetivo ‘curar’ males sociales en los que hay implicados intereses y conflictos”.

El autor mismo, Bolle de Bal, indica el punto de origen de su crítica: en la reunión de Roma de 1956, de la Oficina Europea de Productividad, las discusiones mostraron la insuficiencia y la inadecuación del enfoque de las “relaciones humanas” (que, no debe olvidarse, con todo, representó un progreso respecto del taylorismo mecanicista). Esas discusiones mostraron la necesidad de: o abandonar la expresión “Relaciones Humanas” o definirla con rigor.

La crítica, el abandono o la rigORIZACIÓN de las “relaciones humanas” tenía que hacerse no sólo con base en el fracaso o el éxito que el enfoque hubiese tenido en la práctica, sino, también, con base en consideraciones teóricas de primordial importancia. La

crítica, en este último sentido, viene a ser —si se pasa de lo particular a lo genérico— la misma que hemos tenido ocasión de hacer en México cuando se continuaba estudiando —ya a destiempo, en que eso era lo adecuado— a las comunidades indígenas, como si fueran entidades cerradas sobre sí mismas, sin ningún mecanismo de recambio con la sociedad global o cuando —como se sigue haciendo por desgracia— algunos responsables políticos se empeñan en resolver los problemas de una gran ciudad sin ponerlos en relación con los de su entorno campesino, con los de su marco nacional y aun con los propios de un amplio reticulado internacional en el que están insertos en función del adelanto de las vías de comunicación. La crítica, para el caso concreto de las “relaciones humanas” en la industria consisten en que éstas consideran a la “planta industrial” como una unidad cerrada sobre sí misma —nuevamente— sin mecanismos o sistemas de recambio con la sociedad global.

Bolle de Bal filia —como es pertinente que lo haga no tanto el historiador social o el historiador de las ideas, sino el sociólogo del conocimiento— el enfoque de las “relaciones humanas” del trabajo. Pone de relieve, así, que el mismo es “producto de un medio económico y político donde las estructuras capitalistas no son puestas en entredicho; de un medio donde las diferencias de clase son muy borrosas y las políticas de relaciones humanas han podido desarrollarse sin suscitar reacciones violentas de los sindicatos”. A lo cual agrega que es, también “producto de un medio psicológico optimista que no cree en las grandes reformas, sino en la acción beneficiosa de una multitud de pequeños grupos cada uno en su esfera restringida; de un medio científico atraído más por el estudio analítico de casos concretos y prácticos directamente observables que por vastas síntesis teóricas, y por la

consideración de los pequeños grupos abstraídos a la sociedad global y la generalización apresurada de resultados obtenidos”.

Con respecto a esto, también tenemos, en México, nuestras teorías, o comenzamos a delinear nuestras políticas de investigación sociológica. Incidimos en las “generalizaciones apresuradas” aplicadas a grandes grupos a partir de resultados obtenidos del estudio concreto de los “pequeños grupos”. En charla reciente con el Director de esta Revista y del Instituto de Investigaciones Sociales, Dr. Pablo González Casanova, este reseñador recogió de él el subrayado de la desconfianza que había que tener, frecuentemente, respecto de las conclusiones a las que conduce el estudio de los grandes agregados estadísticos, respecto de la conveniencia de descender —*también pero no en cambio*— el estudio de los pequeños grupos. A lo cual se atrevía a agregar quien escribe, que lo que necesitamos es, precisamente, encontrar los métodos que nos permitan “diferenciar” —matemáticamente— los resultados referidos a los grandes agregados, e “integrar” —también matemáticamente— por el extremo opuesto, los resultados obtenidos de los pequeños agregados (del estudio de los pequeños grupos de la Sociología). Se dirá que esto no indica cuál es el procedimiento específico; pero puede aceptarse que ello mismo señala cuál es la necesidad y, un poco, cuál es la vía para evitar esas “generalizaciones apresuradas” que critica el sociólogo belga. Contra lo que podría pensarse que es su parecer, comienza a perfilarse en México la convicción de que, en esto, no se trata del “Either-Or” caro a Sören Kierkegaard y con el que le motejaban los rapazuelos daneses, sino del “esto” y “aquello”.

Parece, en efecto, que la primera intención de Bolle de Bal es la de abandonar el enfoque de “las relaciones humanas” en la empresa, para

substituirlo y dar plena vigencia al de las “relaciones industriales” en sentido amplio, en la sociedad global. Pero, esta misma apariencia no es verdadera. Desde el inicio de su libro, habla de abandono o rigorización de la expresión “relaciones humanas” y, en el fondo, el desarrollo de su libro mismo muestra que, en último término, acaba por inclinarse por la rigorización y no por el abandono. Y la rigorización implica— aunque no en términos tan claros como los nuestros— aceptar lo uno y lo otro, inscribiendo lo menos amplio, en lo más amplio, descubriendo asimismo, sus vínculos, su interdependencia (actitud problemático-céntrica, opuesta en esto, a la mexicana que llegaría a ser, por el camino, metodológico-céntrica).

Las consecuencias del planteamiento teórico de Bolle de Bal se encuentran en la oposición a las políticas “humanitarias”, paternalistas, contrarias a las tendencias naturales; a las que tratan de eliminar el sindicato y de desconocer la existencia de conflictos o reconocerla pero valorándola negativamente. En la industria, el conflicto existe, es natural; y es útil que exista siempre y cuando no se perpetúe más allá de sus límites naturales hasta producir tensión y dañar todo el ambiente social de la empresa. En las palabras del autor: “los conflictos de trabajo no deben buscarse en la fuerza de los sindicatos, sino en su debilidad, la cual puede provenir del desconocimiento, consciente o no, por los empleadores, del carácter natural e inevitable de ciertos conflictos.” En cambio, cuando se reconoce la existencia de esos conflictos, se favorece la cooperación y, si se nos permite una adición, diríamos un poco en términos de filosofía social, que ello es así porque la vida social es naturalmente rítmica y dialéctica; presenta elevaciones y depresiones en el desarrollo de los procesos conflictivos, competitivos y cooperativos, y porque cuando no se reconoce ese rit-

mo y se quiere ver en ella o pura cooperación, o pura competencia, o puro conflicto, se la mistifica y la daña.

La postura de Bolle de Bal es clara: si se reconocen los conflictos de trabajo y sus posibilidades positivas, se tiene que reconocer y fortificar a los sindicatos, tiene que orientárseles a modo de que constituyan auténtico instrumento de progreso social en cuanto sean "portavoces de los trabajadores, medios de aumentar su seguridad material, psicología y moral; de canalizar y realizar sus aspiraciones, de educar a las masas obreras" y, con ello, en cuanto medios, también, de favorecer los incrementos de productividad y el mejoramiento de las relaciones humanas. Séanos permitida una nueva intromisión, interrogante ahora: ¿No parecen postular las opiniones del autor una, más amplia, según la cual "el progreso social sólo es posible si se reconoce la existencia de conflictos circunstanciales y más restringidos de intereses, sobre el trasfondo de un empeño más generoso y permanente del Hombre por realizarse (independientemente de su condición de obrero o patrono, de su nacionalidad, de su sexo, de su raza etcétera)"? Nos parece que la afirmación es factible, sobre la base del subtítulo mismo; de ese preguntarse por sí las Relaciones Humanas serán liberación o esclavitud; sobre la base de los valores que el autor considera propios de quien ha de estudiar las relaciones laborales, el cuál debe buscar "la satisfacción y despliegue más completos de la personalidad de los hombres en general y en particular de los trabajadores" (de acuerdo con lo que parece casi un eco agustiniano de definición de la libertad como autorrealización).

Porque, en efecto, de lo que se trata es de evitar que el taylorismo, que las "relaciones humanas" a lo Elton Mayo, que cualquier otro proyecto de organización laboral —proceda del rumbo del Mundo del que procediere— llegue a

convertirse en esclavizador del Hombre, en la "bruja que le chupa su substancia"; en la "antropotécnica científicamente disfrazada" que, conforme el decir de Doucy, piensan que es el enfoque de las "relaciones humanas" quienes no tienen sino angostas concepciones; quienes rechazan las ampliaciones generosas que les propone Bolle.

"Antropotécnica". Y, por este resquicio, se insinúa el destino trágico de los sociólogos que son utilizados como medios para refinar los métodos de explotación humana, en vez de convertirse en servidores de la común liberación de la humanidad. Porque, conforme indica el autor, "el sociólogo no puede desinteresarse del uso que se hace de sus trabajos y de los resultados de éstos. Las organizaciones patronales y los consejos de administración se dan cuenta del provecho que pueden obtener de la competencia y, más aún de la incompetencia de sus consejeros sociólogos, que sirven de coartada a procedimientos de explotación de obreros, pequeños funcionarios, consumidores". En nuestro medio comienza a haber algo de esto, que el observador atento puede descubrir fácilmente. Y lo hay, tal vez, por desgracia, más que en el sector privado, en algunos segmentos del público. El Gobierno de México ha pedido la colaboración de sus órganos para el establecimiento de un gran plan nacional de desarrollo; esos órganos han recurrido, en muchos casos, a sociólogos y otros científicos sociales: al cabo de poco tiempo, sin embargo, esos sociólogos, esos científicos, perciben que los planes hechos tan trabajosamente, con la mente puesta en el servicio de la sociedad mexicana, pudieron no existir. Ello muestra, al responsable del ejecutivo nacional, la necesidad de que no sólo se redacten un plan y unos programas anuales, sino de que exista un órgano que se ocupe de vigilar que los mismos se cumplan o que, en todo caso, se adapten, conforme el tiempo pase, a las cambiantes circunstancias,

y que, cuando no se cumplan por negligencia, se sancione a los culpables. Sin ello, el sociólogo corre el riesgo de que se le culpe de servir a la más despreciable de las demagogias aun cuando, en el momento, haya creído servir a los más levantados anhelos de progreso humano.

El sociólogo, en este sentido, debe permanecer atento al uso que se hace de sus resultados y de sus sugerencias, y debe estar dispuesto a denunciar todo mal uso que se haga de los mismos. Debe, por otra parte, tratar de lograr la objetividad que es ventaja del hombre de ciencia sobre el hombre de acción; pero esa objetividad no puede ser tan absoluta que desconozca su compromiso (su comprometimiento) con los valores humanos situados por encima de los más particulares y concretos. Es, en esto, en lo que debe estar dispuesto a una especie de crucifixión, porque “el sociólogo será criticado desde dos posiciones: los sindicatos le reprocharán que defienda los intereses y privilegios del capitalismo privado, su ‘opción por el sistema dominante’ (Touraine) y los patronos le reprocharán por favorecer a las organizaciones obreras: le señalarán como intelectual peligroso y revolucionario”.

Consecuente con su propósito de hacer sociología aplicada, Bolle de Bal señala como ejemplo la aplicación que de su crítica de las “relaciones humanas”, que de su ampliación de dichas concepciones, que de la directriz metodológica del Instituto Solvay se ha hecho al estudio de las relaciones industriales en la rama belga del cemento.

Hay que felicitarnos por aportaciones como ésta que —procedan de allende o aqueude el Océano, de éste o de aquel lado del Bravo— nos permiten vislumbrar cuál puede ser el nuevo rostro de la Sociología.

(U-V)

Nathan Rosenberg: “Adam Smith on the Division of Labour: Two Views or One?” *Economica*. 45th Year. New Series. Vol. XXXII No. 126. London, Mayo, 1965, pp. 127-39.

Una queja frecuente de este reseñador ha consistido en señalar la reiterada inadecuación entre títulos y contenidos. Por desgracia, casi siempre existe ésta en beneficio de los primeros y perjuicio de los segundos. El título —en mayoría— ofrece más de lo que el contenido entrega al lector. Afortunadamente, en este caso, ocurre todo lo contrario: un título sin pretensiones parece situar a este artículo en calidad de argumento adicional dentro de un largo proceso polémico que abarcaría: al propio Adam Smith, a Marx, a Ferguson, y a West. A no ser por nuestro reiterado interés en “volver a los clásicos” (siempre que se pueda) el artículo hubiese pasado inadvertido para nosotros; y habría ocurrido esto con doble pérdida pues, por una parte, seguiríamos en la superficie del pensamiento smithiano y, por otra, no hubiéramos descubierto en él estimulantes puntos de referencia para una sociología que en países como los nuestros es de primordial importancia y para la que no parece haber ni interesados, ni incentivos, ni materiales: la sociología de las actividades creadoras o —más modestamente— la sociología de las invenciones.

El punto de partida de los análisis de Rosenberg es el texto de Smith, *The Wealth of Nations*; pero en el desarrollo de su investigación no lo usa en exclusiva: rastrea los más remotos antecedentes del pensamiento smithiano en las *Lectures*, en el *Early Draft*. Lo ve, así, formarse, a base de formulaciones tentativas, de dudas, de unas ejemplificaciones que autorizan y otras que desautorizan las hipótesis, de una síntesis final que contiene afirmaciones